



El Adviento

Para los cristianos el Adviento es el tiempo de la esperanza: la venida del Señor no es sólo algo que sucedió en la historia, sino algo que acontece constantemente en nuestro mundo y que nos asegura un futuro. La vida no se mueve solo en esta dimensión horizontal y humana, sino que está abierta a la verticalidad del misterio de *Dios con nosotros*, de la acción de Dios en nuestra vida y nuestra historia. Es la vida abierta a la trascendencia que no termina de conformarse con lo alcanzado, sino que siempre está abierta al “más” que solo Dios nos puede dar.

Es un tiempo especial no solo para mirar nuestra realidad individual, sino para mirarnos como sociedad y descubrir la forma de vida que hemos establecido, las relaciones que tenemos entre nosotros, las cosas que están pendientes y que debemos cambiar. A veces pensamos que esta renovación y cambio no son posibles, que todo va a seguir igual. El Adviento nos abre a esa novedad que el mismo Dios introduce en nuestra historia: la salvación. Por eso con Isaías vamos a escuchar en este tiempo el sueño de que el

El adviento es un tiempo especial para los cristianos, porque se trata de un período de espera expectante ante un gran acontecimiento que marca para siempre la historia de la humanidad.

La palabra Adviento viene del latín *adventus Redemptoris* (venida del Redentor) y quiere expresar una doble posición: cada creyente y cada comunidad se prepara para celebrar la Navidad el 25 de diciembre y dispone el corazón para esperar la segunda venida del Señor en el final de los tiempos (cf. CEC 524). Es un camino cargado de esperanza.



lobo habitará con el cordero y el león comerá paja junto al buey. Es un mundo de paz y armonía que nos parece imposible, pero que todos anhelamos en lo profundo del corazón.

Este año nos acompañará los domingos la proclamación del evangelio de san Lucas. Dejémonos conducir por él en este tiempo de adviento, tiempo de despertar y convertirnos al Señor.

I Domingo de Adviento

Esten prevenidos y atentos.

Lucas 21, 25-28. 34-36

Jesús dijo a sus discípulos:

Habrà señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, los pueblos serán presa de la angustia ante el rugido del mar y la violencia de las olas. Los hombres desfallecerán de miedo ante la expectativa de lo que sobrevendrá al mundo, porque los astros se conmoverán. Entonces se verá al Hijo del hombre venir sobre una nube, lleno de poder y de gloria.

Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación.

Tengan cuidado de no dejarse aturdir por los excesos, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, para que ese día no caiga de improviso sobre ustedes como una trampa, porque sobrevendrá a todos los hombres en toda la tierra.

Estén prevenidos y oren incesantemente, para quedar a salvo de todo lo que ha de ocurrir. Así podrán comparecer seguros ante el Hijo del hombre.

Hoy comienza un nuevo año litúrgico, y lo hacemos preparando la Navidad con el tiempo de Adviento. Este tiempo es especial pues, junto con preparar la fiesta navideña, nos anuncia la proximidad del fin de año, el término de los estudios, las cercanas vacaciones... Además, este año lo vivimos de una forma distinta en medio de una pandemia y también de la turbulencia social que nos descoloca y también nos desafía. Son muchos sentimientos los que brotan en



¿Por qué el morado y las velas?

Las misas de las cuatro semanas antes del 25 de diciembre están dispuestas con signos y lecturas que ayudan a disponerse a las dos venidas del Redentor. Por ello, se adorna el altar de un modo más sobrio, usando el color morado, se deja de cantar el himno de gloria los Domingos, y las lecturas toman el punto de vista de Isaías y Juan Bautista, como los profetas que anuncian al Salvador, así como los acontecimientos cercanos al Nacimiento de Jesús (cf. Instrucción General al Misal Romano, 305; Ordenación de las lecturas de la Misa, 93-94). Todos estos elementos contribuyen a ir asumiendo un espíritu de conversión para preparar el propio corazón, con alegre sencillez, a la llegada del Salvador.

Las velas, dispuestas en una corona con ramas verdes o en un tronco, se usan en muchas parroquias y capillas, para contribuir al mismo sentido preparatorio, mediante el conteo de los Domingos previos a la Navidad.



estos días en nosotros, pero hay uno que es el más propio del Adviento, y que nos viene muy bien: la esperanza. ¿Cómo renovar la esperanza en medio de las dificultades cotidianas? El Señor que viene es la respuesta.

El primer domingo de Adviento, se nos invita a estar atentos a las señales de la liberación que trae el Señor. Es una consigna que se ha tomado la crisis social que vivimos. La liturgia no se refiere a eso. Los textos bíblicos hablan constantemente de un sueño o letargo en el que vivimos: el hombre vive sin percatarse de las cosas verdaderamente importantes, adormecido por el individualismo, el materialismo y el bienestar. Rápidamente tendemos a acomodarnos y dejar pasar la vida sin tomar el peso a lo que verdaderamente trasciende.

La urgencia de este estar atentos que plantea el evangelio no es por la inminencia de la muerte, sino por la urgencia por vivir de verdad. El Señor constantemente se nos hace el encontradizo, camina a nuestro lado en los seres que amamos y especialmente en el más pobre. Pero para reconocerlo hay que estar despiertos y atentos. El mundo nos suele anestesiar y nos enceguece respecto a la importancia del otro en nuestra vida. La sociedad fomenta el caminar solo por la vida, sin ayuda de nadie. Despertar a Cristo es aprender a mirar al otro como hermano y entender que hay que caminar juntos.

Nos encontraremos con el Señor al final de los tiempos y al final de nuestra vida. El Señor también vendrá en las fiestas navideñas que celebraremos. Pero el evangelio de hoy nos invita a vivir atentos y despiertos porque el Señor viene constantemente a nosotros y nos invita a transformar nuestra vida y nuestra sociedad.

Que este Adviento sea un tiempo especial de conversión para todos. Que despertemos de la somnolencia de la sociedad y descubramos en el amor y el servicio al otro el sentido más pleno de nuestra vida. Que estemos atentos al Señor que viene.

II Domingo de Adviento

Ven, Señor Jesús

Lucas 3, 1-6

El año decimoquinto del reinado del emperador Tiberio, cuando Poncio Pilato gobernaba la Judea, siendo Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lísanias tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás, Dios dirigió su palabra a Juan, hijo de Zacarías, que estaba en el desierto. Este comenzó entonces a recorrer toda la región del río Jordán, anunciando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados, como está escrito en el libro del profeta Isaías:

“Una voz grita en el desierto: Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos.

Los valles serán rellenados, las montañas y las colinas serán aplanadas. Serán enderezados los senderos sinuosos y nivelados los caminos disparejos. Entonces, todos los hombres verán la Salvación de Dios”.



Este domingo, el evangelio nos presenta a Juan Bautista como *la voz que clama en el desierto*. Es aquel que habla de lo imposible, de aquello que pensamos que ya no puede ser o no puede cambiar. Es la voz que anuncia que una realidad distinta está cerca, pues ya se está realizando en Cristo. Esa acción de *Dios con nosotros* requiere de nuestro trabajo: hay que allanar el camino, rellenando los valles y aplanando las colinas. Son tantas los muros de diferencias y divisiones que hemos ido construyendo, que hemos terminado segregando de muchas formas distintas nuestra vida en sociedad. Hay un gran camino que allanar, derribando muros y construyendo puentes, para terminar con las diferencias absurdas que vamos estableciendo y aceptando culturalmente, pues, en definitiva, como termina diciendo el evangelio de hoy, el reino consiste en que “todos los hombres verán la salvación de Dios”.

Hay razones para estar cansados y también disgustados. Pero hay una gran razón para tener una profunda esperanza: el Señor viene y cuenta con nosotros para instaurar su reino de justicia y de paz. Por eso, con especial fuerza le decimos “Ven, Señor Jesús”.



8 de diciembre

Con María esperamos al Señor.

Lucas 1, 26-38

El Ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María.

El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: “¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo”. Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo.



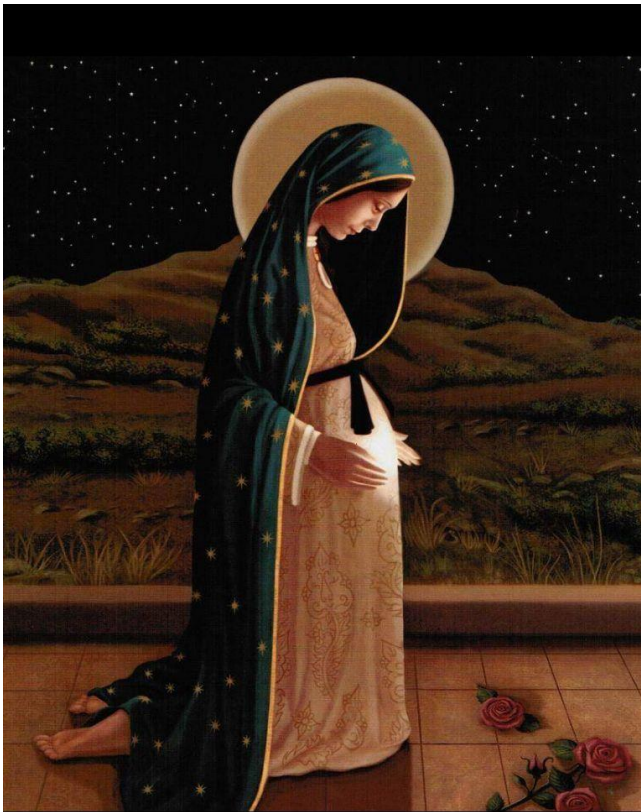
Pero el Ángel le dijo: “No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin”.

María dijo al Ángel: “¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relación con ningún hombre?”

El Ángel le respondió: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios”.

María dijo entonces: “Yo soy la servidora del Señor, que se haga en mí según tu Palabra”.

Y el Ángel se alejó.



Cada año cerca del inicio del tiempo del Adviento celebramos la fiesta de la Inmaculada Concepción de María. Es una fiesta mariana que ilumina muy bien este tiempo de preparación para la Navidad.

La celebración de la Inmaculada Concepción se refiere a un dogma proclamado por el Papa Pío IX en 1854, pero es una fiesta que ya se celebraba en el siglo VII, de donde provienen las oraciones de la misa. La proclamación es muy simple: la Virgen María es inmaculada desde su concepción, es decir, ella nunca tuvo pecado, ni siquiera participa del pecado original. Pero hay que entenderlo bien: María es plenamente humana, igual que nosotros, de manera que el dogma nos ayuda a comprender que el pecado no es parte de la esencia humana, sino un agregado posterior. Nuestra condición primera, de la cual participa María de forma especial, es la gracia.

Ahora bien, ¿por qué María tiene este privilegio? Porque ella aceptó ser la madre de Cristo. Y como Cristo es fuente de vida y de gracia, desde el misterio de su resurrección se irradia esta gracia especial sobre el momento de la concepción de María. Y en ese orden, es decir, que es por la resurrección de Cristo que María es inmaculada en su concepción. Por lo mismo podemos afirmar que María fue una verdadera mujer, que en total libertad acogió el plan de la salvación que Dios le ofrecía, aceptando ser la madre de Cristo.

Finalmente, es apropiado en el Adviento volver la mirada a la Virgen María, pues encontramos en ella la imagen de lo que significa la esperanza cristiana: es la espera gozosa y paciente de la venida del Señor. Ella lo espera concretamente con su embarazo, pero también lo espera activamente preparando el camino para esta llegada del Señor.



III Domingo de Adviento

La conversión de la mente y del corazón.

Lucas 3, 2b-3. 10-18

Dios dirigió su palabra a Juan Bautista, el hijo de Zacarías, que estaba en el desierto. Este comenzó a recorrer toda la región del río Jordán, anunciando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. La gente le preguntaba:

“¿Qué debemos hacer entonces?”

Él les respondía:

“El que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene; y el que tenga qué comer, haga otro tanto”.

Algunos publicanos vinieron también a hacerse bautizar y le preguntaron:

“Maestro, ¿qué debemos hacer?”

Él les respondió:

“No exijan más de lo estipulado”.

A su vez, unos soldados le preguntaron:

“Y nosotros, ¿qué debemos hacer?”

Juan les respondió:

“No extorsionen a nadie, no hagan falsas denuncias y conténtense con su sueldo”.

Como el pueblo estaba a la expectativa y todos se preguntaban si Juan no sería el Mesías, él tomó la palabra y les dijo a todos:

“Yo los bautizo con agua, pero viene uno que es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de desatar la correa de sus sandalias; Él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. Tiene en su mano la horquilla para limpiar su era y recoger el trigo en su granero. Pero consumirá la paja en el fuego inextinguible”.

Y por medio de muchas otras exhortaciones, anunciaba al pueblo la Buena Noticia.

Este domingo de preparación a la Navidad, la liturgia nos vuelve a presentar la figura de Juan Bautista. La semana pasada escuchamos su llamada a la conversión y prepararnos para acoger al Señor, y esta vez hay una pregunta que se repite tres veces: ¿qué debemos hacer?

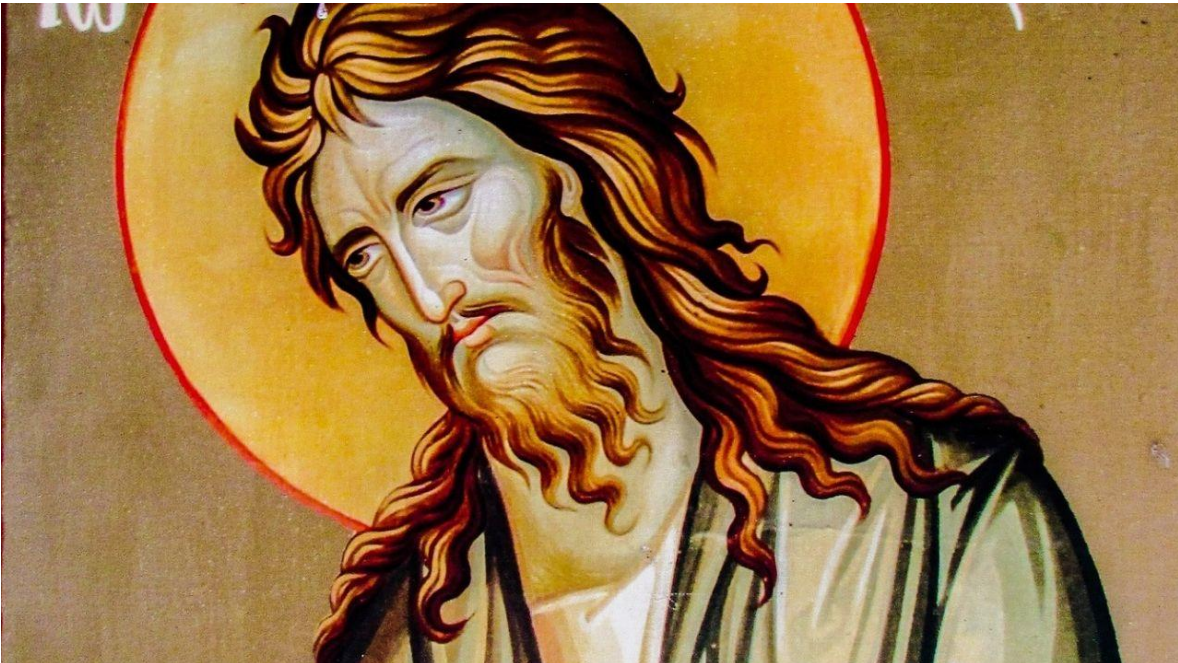
Tal vez nosotros esperaríamos una simple respuesta: no peques, cumple los mandamientos. La conversión, que significa el cambio de vida, a veces la hemos centrado en la moral, en los pecados y en el deber ser. Pero no es así. El cambio de vida verdadero se sustenta en un cambio de mentalidad y un cambio del corazón. Solo después de esto la vida se va ordenando. Si invertimos el orden, y comenzamos exigiendo un cambio de vida, la conversión no es verdadera y es solo externa. Es importante presentar el evangelio desde las convicciones profundas y atractivas, de manera que surjan opciones motivadoras.

Ante esto, Juan Bautista responde poniendo en primer lugar el desapego a los bienes de este mundo. Se trata de una propuesta provocativa. Frente a las necesidades del hermano tendemos a mirar hacia otro lugar, y no hacemos el bien que sabemos debemos hacer. El Bautista, lo primero que recomienda, es este desapego para construir una sociedad donde no se busca acumular ni acaparar los bienes, sino que se comparte. Los bienes son para todos.



Cuando la pregunta se la hacen los publicanos, recaudadores de impuestos con fama de ladrones, esperaríamos que les exigiera cambiar de trabajo, sin embargo, la respuesta nuevamente nos sorprende: que vivan su profesión de una manera distinta. El trabajo se puede llevar a cabo de muchas maneras, Juan nos pone el desafío de vivirlo desde el evangelio. El servicio a los hermanos debe ser la forma distintiva del trabajo cristiano. En fin, Juan Bautista no exige a ninguno una práctica religiosa, ni tampoco manda no pecar, sino que pide la conversión de la mente, sabiendo que esto lleva a cambiar la vida.

En esta Navidad queremos acoger al Señor de forma definitiva en nuestra vida. Y acogerlo a Él es acoger su proyecto de vida y de mundo nuevo. La caridad, el compartir lo que tenemos y servir al prójimo es el primer paso que debemos dar.



IV Domingo de Adviento

De nosotros depende qué sentido queremos dar a esta Navidad

Lucas 1, 39-45

María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Apenas ésta oyó el saludo de María, el niño saltó de alegría en su vientre, e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó:

“¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi vientre. Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor”.



Llegamos a este cuarto y último domingo del Adviento, y la liturgia nos presenta a María visitando a su parienta Isabel. El texto habla de que María, recién recibido el anuncio del Ángel, “partió sin demora” al encuentro de Isabel, también embarazada. La escena se desarrolla en las montañas cercanas a Jerusalén, en Ein Karem. Y lo primero que hacen es reconocerse mutuamente como parte de un mismo designio de Dios.

Lucas presenta a María como la nueva “Arca de la Alianza” que porta la presencia de Dios. Todo el lenguaje y la simbología del texto apunta a esto. En María se cumple la espera y comienza el tiempo de la realización.



María saluda a Isabel como lo hace un judío hasta el día de hoy: “Shalom”. Pero en María resuena de una forma diferente, pues es el anuncio de que todas las bendiciones y promesas hechas por Dios llegan a su cumplimiento. Es el inicio del tiempo del Mesías, del tiempo de la salvación. Y por sobre todo él es el portador de la verdadera paz.

El hombre de hoy, al igual que el de entonces, no vive en paz, no tiene tiempo para esto, pues es todo tan urgente. Hay tantas excusas para vivir ajetreados y sobre exigidos. Nosotros portamos hoy el mismo saludo de María: la paz que sólo Dios nos puede dar y que llena el corazón y la vida. Esta paz es la que escucharemos en la liturgia de nochebuena al escuchar el canto de los ángeles, anunciando la “paz a los hombres que el Señor ama”, o en el tradicional “Noche de paz”.

De nosotros depende qué sentido queremos dar a esta Navidad. Podemos vivirla de una forma externa, preocupados por la decoración del árbol y los regalos, podemos vivirla corriendo entre compromisos laborales, familiares, tacos y bocinazos. O podemos detenernos, hacer silencio para mirar dentro nuestro y acoger al Príncipe de la paz (Is 9,5). Y recién ahí podemos mirar fuera de nosotros mismos y reconocer al que está a nuestro lado como parte de un mismo designio de Dios. Y mirar un poco más allá y descubrir que está todo por hacerse, que el reino que viene a instaurar Cristo está recién comenzando y que necesita de cada uno de nosotros. Y entonces reconocer especialmente en el más pobre a Cristo que me visita, como lo hizo hace dos mil años en Belén. Y compartir con él lo que tenemos y lo que somos, y volver a hacer silencio para mirar dentro...